

La que de amarillo se viste... abre nuevos caminos para la investigación y suscita varios cuestionamientos: ¿quién genera y quién transmite?, ¿cuál es la vigencia de estos refranes?, ¿cuál será la nueva visión en un México que aún se debate en la lucha de género?, ¿los refranes respetarán lo políticamente correcto?, ¿cómo podemos delimitar los ámbitos urbano, rural y regional?, ¿podemos presenciar la evolución ineludible del refranero como género de transmisión oral que responde a la creencia compartida de una comunidad lingüística que lo valida? Les corresponderá a los estudiosos del futuro determinarlo, y para ello, contarán con un material valioso en este libro.¹

NIEVES RODRÍGUEZ VALLE

Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Luis G. Díaz Viana. *Narración y memoria. Anotaciones para una antropología de la catástrofe*. Madrid: UNED, 2008; 166 pp.

En la última década, la memoria ha sido un tema de gran interés para los investigadores de diferentes disciplinas; su estudio refleja la creciente preocupación de los pueblos por recuperar hechos que la historia oficial suele dejar de lado. Luis Díaz Viana aborda en este libro la compleja relación entre la “memoria y el olvido” desde una perspectiva de la antropología, pues esta disciplina es la que “indaga más que nada sobre la memoria” (17). Como explica el autor:

Este es un libro sobre la memoria y el olvido. Sobre si tiene sentido o no —en un momento dado— recordar y perpetuar la “herida” de la catástrofe. O mejor dicho: sobre el sentido que puedan tener las reacciones colectivas ante un hecho catastrófico. Y emplearemos aquí el término “catástrofe” en su acepción más etimológica: “Desenlace del poema dramático, especialmente cuando es doloroso” o “suceso infausto que altera gravemente el orden regular de las cosas” (15).

¹ El libro está editado de manera muy cuidadosa, salvo las Conclusiones, llenas de erratas.

Pero el libro no solo se refiere a la memoria: aborda sobre todo sus caminos, como se aprecia en la división del libro en cuatro partes:

La primera parte habla de las maneras de afrontar el pasado desde la memoria o el recuerdo y las distintas formas de contarlo; la segunda continúa con una reflexión sobre la antropología, sus fases de trabajo y el interés de la etnoliteratura —como la antropología desde lo literario— en el intento de descifrar el mundo ya cifrado por las palabras, por el arte verbal; la tercera parte sigue hablando de la cultura popular —otro de nuestros conceptos favoritos— y del folclor como capacidad de crear y transmitir conocimientos colectivos; también de los tipos de folclor y sus remedos en el presente —como “las invenciones de la tradición” propias de cierto folclorismo—; y de la capacidad del folclor de reinventarse a sí mismo (19).

Asimismo, el autor señala que “contar el tiempo es contar el mundo” —usando el término tanto en la acepción de computar como en la de narrar—; de ahí el gran interés de la antropología por la memoria.

Díaz Viana realiza un recorrido por los textos de diferentes autores que, desde la Antigüedad, han destacado las varias maneras de recordar y distinguido la existencia de diferentes tipos de memoria, como la individual y la colectiva. Con frecuencia estas memorias se han convertido en literatura oral o escrita, y de ello da ejemplo la épica. Sin embargo, es necesario precisar el término *recuerdo*, en contraste con *memoria*. Esta última se encuentra asociada estrechamente con la cultura. De hecho, para la antropología:

la cultura es memoria. El hombre es un animal hecho de memoria. Y con el término de “cultura popular” apuntamos especialmente a esa capacidad de crear y transmitir cualquier clase de cultura que todo humano tiene. El hombre es cultura y la cultura es memoria más que recuerdo cierto o consciente (29).

Asimismo, cabe señalar que la relación entre recuerdo y memoria puede compararse, de acuerdo con el estudioso Carlo Ginzburg, a la recuperación de la información que existe en una base de datos.

Los medios de transmisión del recuerdo son tan diversos como la escritura y la oralidad: la primera forma de comunicación fragmenta y es

única; la segunda es continua y nos une con lo que fuimos. Hoy en día, la inmediatez de Internet –rasgo que lo acerca a la memoria más que al recuerdo– casi ha permitido borrar esa frontera; por ello, no es casual que a través de la red se lleve a cabo la difusión de leyendas, chistes y cuentos. Las nuevas tecnologías evidencian cómo lo oral no se ha perdido, sino por el contrario, permanece vivo y ha *contaminado* de innumerables formas los nuevos modos de comunicación.

La cultura, sobre todo la denominada popular, la que aprendemos sin darnos cuenta, tiende los puentes y permite la continuidad con quienes nos precedieron –comenta el autor. Sin embargo, la cultura popular terminó por confundirse con el folclorismo y con la cultura tradicional, y se le asocia solo con los campesinos marginados. La memoria, pues, incluye “lo que nos pasa y lo que no nos pasa”, y “determinará incluso en gran medida lo que nos vaya a ocurrir”.

En la segunda parte del libro, “Literatura y antropología: cómo narrar y cómo leer el mundo”, Díaz Viana aborda la compleja relación entre ambos quehaceres. Señala la importancia de estudiar la cultura para saber cómo fueron los hombres, aun donde no hay escritura, y la necesidad de eludir el reduccionismo de comprenderlo únicamente a través de rasgos físicos o vestigios como los huesos. Y afirma el autor de modo contundente: “El hombre es hombre porque resulta capaz de vivir lo imaginario como real”. En esta opinión coincide con lo expuesto por el antropólogo estadounidense John D. Niles en su libro *Homo Narrans*. Díaz Viana destaca la estrecha relación entre la literatura y la antropología. El escritor y el antropólogo comparten las formas de ver el mundo y de tratar de narrarlo. Los cruces entre ambas actividades son constantes.

En realidad, la división entre algunas disciplinas antropológicas parece innecesaria, ya que pueden contemplarse como etapas de la misma investigación. Tal es el caso de las diferencias tradicionales entre etnografía, etnología y antropología: la primera corresponde a la etapa de recopilación de datos y a la descripción de lo que se pretende estudiar; la segunda se aboca a la comparación de materiales entre sí, y la última se ocupa del análisis, con la pretensión de construir un método interpretativo.

La antropología se entrecruza con lo literario en dos puntos fundamentales: parte del acto comunicativo y se cierra con la redacción de un

texto. Por ello, el autor propone a la etnoliteratura como un método “más que como un campo” (73). La etnoliteratura podría definirse como “la antropología del arte verbal que englobaría lo oral y lo escrito, lo culto y lo folclórico. Arte como la búsqueda del placer, literatura como la búsqueda del placer en el lenguaje, y antropología —en cuanto a etnoliteratura— como la indagación de lo humano en la búsqueda de ese placer” (77).

Al respecto, el autor destaca las opiniones de Manuel Fuente Lombo, quien afirma que “esta antropología desde la literatura no implica de ninguna manera que nos convirtamos en escritores ni que los escritores se transformen en antropólogos; es un encuentro sin prestaciones mutuas” (81). La importancia de la etnoliteratura radica entonces en comprenderla como “una forma de entender y hacer la antropología, y el camino para restituir al método etnográfico su más cabal sentido” (88).

En la tercera parte, “Lo que se olvida y lo que se crea: la cultura popular y el consumo de la nostalgia”, Díaz Viana aborda el complejo problema de distinguir entre *cultura* y *patrimonio cultural*, que ha terminado por sustituir términos como *folclor* y *cultura tradicional*. Al margen del debate sobre los diferentes términos, debe llamarse la atención sobre la imposibilidad de intentar siquiera la recopilación y el almacenamiento de la cultura o las culturas vivas y en continua transformación.

Díaz Viana hace una reflexión crítica sobre la nostalgia de identidades creadas con fines comerciales, así como sobre el afán de transformar en “exóticas” las culturas desechadas de antemano por una tendencia globalizadora considerada inevitable. Plantea además un interrogante que debería regir las políticas culturales de numerosos países: “La pregunta fundamental no es, pues, cómo llamar a lo que sobra, sino ¿por qué todo ello, siendo aún humanamente tan valioso, tiene —por fuerza— que sobrar?” (107).

En su revisión de los términos, el autor incluye uno fundamental para la investigación: *folclor*. El término nació en el entorno romántico y originalmente se aplicó solo a las clases rurales marginadas. Sin embargo, a lo largo del siglo XX su uso fue variado. Entre los académicos estadounidenses, la palabra perdió la asociación con lo antiguo y lo rural desde la década de 1970. Finalmente, ante la cuestión sobre quién es el pueblo en última instancia, Díaz Viana acepta como mejor la respuesta del erudito Alan Dundes, quien afirma que *folk* somos todos nosotros.

Una de las dicotomías más frecuentes en el folclor es la de “urbano / rural”, que dada la complejidad actual de las relaciones entre estos ámbitos ya no podría establecerse de modo tajante. De hecho, el folclor no se transmite en la ciudad o en el campo, pues es un proceso sin fronteras. Por otra parte, lo que se intenta hacer pasar en el mercado por tradicional es en realidad *fakelore* (de *fake*, ‘falso’). Pese al intento de imponer lugares, el folclor busca sus propios medios y hoy su espacio privilegiado es el virtual.

El espacio virtual lo integran comunidades deslocalizadas, unidas por sus oficios, aficiones o actitudes. El interés de Díaz Viana se centra en estudiar estos nuevos modos de transmitir y compartir los saberes, y entre ellos destacan las formas más populares, como la leyenda y el rumor, que gracias a sus rasgos de verosimilitud tienen gran difusión y aceptación.

Además, ya no se puede enfocar la cuestión en la oposición entre oralidad y escritura, pues en el mundo actual existen múltiples soportes para difundir lo literario y lo oral, como el cine, Internet y la prensa. Es decir, existe una pluralidad de lecturas posibles para el fenómeno literario. De ahí que la literatura no está en peligro de extinción, aun si se descarta algún soporte, pues responde a la “necesidad humana de contar y contarse” (118).

El autor destaca nuevamente la distinción entre folclor y folclorismo y señala que el último responde más al intento de imponer una identidad que al de estudiar los procesos culturales. Una muestra de los nuevos procesos de folclor es la lírica de las dedicatorias escritas por adolescentes, quienes, por cierto, actualizan coplas que provienen del cancionero tradicional:

Cuando pasé por tu casa
me tiraste una flor,
pero la próxima vez
sin maceta por favor (123).

La capacidad de actualización y la creatividad del folclor se aprecia también en las leyendas y los chistes difundidos por Internet, que revelan los temores y las incertidumbres subyacentes en el aparente bienestar del Primer Mundo. No es casual que las historias giren en torno a los locos,

las ratas, los perros; temas que funcionan como metáforas de las complejas situaciones que el ser humano enfrenta en la globalización.

El autor concluye esta parte insistiendo en que el folclor está vivo, en plena efervescencia y se “propaga por las autopistas de la información, cabalga en silencio por las invisibles redes, se cobija al abrigo de la ‘aldea fantasma’ que la globalización ha construido” (132).

En las culturas se archiva aquello que se considera valioso, a lo que una convención colectiva provee de significado. Asimismo, en su preservación y archivo interviene el concepto del tiempo. En la cultura occidental, el devenir del tiempo ha sido controlado por el cristianismo, cuyo éxito se basó en la unión del tiempo histórico con el mítico. Y agregó aquí lo ya destacado por Elías Canetti en *Masa y poder*: “la ordenación del tiempo es el más eminente atributo de toda dominación” (395).¹

A partir de ello, Díaz Viana reflexiona sobre la catástrofe del 11M² y las formas de recordar de la gente. Aquellos altares y manifestaciones efímeras se consideraron valiosos y dignos de organizarse en un “Archivo del Duelo”. A pesar de la apatía y la indiferencia de quienes entonces ejercían el poder político, la gente decidió recordar. El 11M se transformó en un tiempo mítico, un tiempo al que se regresa, un tiempo que condiciona. Es decir, que las contradicciones entre el tiempo histórico y el mítico son actuales, se asemejan a las divergencias entre recuerdo y memoria. El autor propone que en lugar de recordar la catástrofe como una maldición repetible, debe recordársela para “poder ponernos a salvo de lo que fue” (158).

A lo largo de las páginas, el autor repasa de modo riguroso y crítico muchos de los términos y conflictos de la memoria que hoy se debaten en varios países. Asimismo nos alerta sobre la manipulación que ha sufrido ese término y realiza un análisis esencial para el estudioso de las sociedades y sus formas de comprenderse, así como para quienes investigamos la literatura oral.

¹ *Masa y poder*. Madrid: Alianza, 1995.

² Se refiere al estallido, con 191 víctimas mortales, más de mil ochocientos heridos y daños materiales enormes, ocurrido el 11 de marzo de 2004 en cuatro trenes suburbanos en los alrededores de Madrid. La prensa y la misma gente comenzó a abreviarlo 11M.

Narración y memoria es una necesaria reflexión sobre el abuso de ciertos términos y una llamada de atención para continuar investigando las diferentes rutas de una oralidad fecunda en nuestro presente. Una invitación para recorrer los caminos de la antropología desde la literatura.

MARIANA MASERA

Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM